

## El gobierno, la izquierda y la democracia

Enrique Krauze

"Las teorías abstractas de la democracia y la efectiva y práctica aplicación de las mismas, necesariamente y con frecuencia, son diferentes".

Porfirio Díaz a James Creelman,  
marzo de 1906

"...del liberalismo más vulgar, del más formal republicano, de la trivial democracia".

Carlos Marx  
El 18 Brumario de L.N.B. 1852

"Por una democracia sin adjetivos" propuso una vida pública más abierta, madura y sana para México. La triste experiencia del pasado inmediato, los vaivenes de nuestra historia moderna y contemporánea, y algunas lecciones de historia política inglesa sugerían no esperar a la benévola o terrible acción de las fuerzas sociales y económicas sino tomar concientemente la iniciativa política en cuatro puntos concretos: 1) Aliviar el agravio histórico del pueblo mexicano mediante un acto de justicia contra quienes fueron, en buena medida, los responsables de la crisis. 2) Exigir que el Gobierno se gobierne tomando al pie de la letra la Constitución e imponiendo sobre sí diques de contención a la improductividad, irresponsabilidad, corrupción, autoritarismo e injusticia. 3) Buscar una auténtica y plural vida de partidos que comience por una absoluta transparencia electoral y crezca cuando menos en tres direcciones: un PRI limpiamente competitivo e independiente del gobierno; un

PAN que, entre otras cosas, ofrezca un programa propio y no sea sólo el antiPRI; y una izquierda que evolucione hacia formas europeas —españolas— de acción y pensamiento. 4) Promover una prensa liberal que use su libertad con imaginación, profesionalismo y sentido crítico.

El ensayo provocó diversas opiniones públicas. Algunos periodistas creyeron, sin razón, que proponía un bipartidismo. Otros pensaron, con razón, que fue injusto con la prensa, sobre todo con la prensa liberal de provincia que enfrentó al Poder Ejecutivo con una tenacidad y honradez que el ensayo le negaba. La redacción de *Vuelta* publicó tres textos: "La batalla democrática" de Manuel Camacho, "La Democracia socialista: ¿una utopía?" de Manuel Aguilar Mora y "Una crítica escéptica" de Eduardo Vaile. Con ser muy distintas entre sí, las tres críticas —aunadas a otras que se mencionan en esta réplica— se empeñan en adjetivar a la democracia. Pero hay un hecho en el que coincidimos todos: discutir con franqueza y tolerancia este tema es ya un ejercicio de democracia... con o sin adjetivos.

### Voz del gobierno

Para Manuel Camacho, "Por una democracia sin adjetivos" propone una ruptura, una "entrega del poder", un viraje riesgoso, innecesario, ajeno a nuestra tradición histórica y, a fin de cuentas, limitado. Las prevenciones de Camacho —más pragmáticas que ideológicas y escritas, por desgracia, sin el recurso del efecto literario— se resumen quizá en cuatro puntos:

- A través de una nueva actitud del régimen —nuevos estilos de campaña y comunicación, renovación moral, uso racional de los fondos públicos, etc.— el gobierno ha "convencido gradualmente" a la sociedad sobre la necesidad de una "reordenación económica profunda". En la crisis, hay avances sin sacrificio de las libertades.
- Se ha mantenido el "proceso inclusivo". Se ha logrado "procesar" las principales demandas de la sociedad a través de nuestras "muy particulares instituciones políticas". Entre ellas, el PRI cumple aún importantes funciones de "representación, influen-

cia y negociación de intereses, y abanderamiento de inquietudes... sociales... Resulta apresurado anticipar la inviabilidad de las instituciones políticas que... han acreditado su eficacia... (y) han sido decisivas para enfrentar la crisis".

- Nuestro Proyecto Democrático de Nación es producto de una larga continuidad histórica que concibe al Estado como "promotor del bienestar colectivo" y nace de "acuerdos profundos de las fuerzas sociales y políticas en momentos decisivos de la historia". En él confluyen y siguen vigentes la herencia liberal y la revolucionaria.
- La democracia es "punto de partida de nuestro sistema político" pero no puede ser "un fin en sí mismo". Debe complementarse con igualdad social, acceso a la educación, mejores niveles de vida etc... La democracia debe adjetivarse: debe ser una democracia integral.

La lectura de Camacho parte de un equívoco: creer que el ensayo invita a un suicidio. Reconocer las derrotas electorales no es sinónimo de entregar sin más el poder, sino de cederlo a quien democráticamente le corresponda. (Lo cual para el PRI equivaldría, en la mayoría de los casos, a conservarlo). Pedir que el gobierno se imponga diques de contención a la desmesura económica, política y moral no supone tampoco una ruptura sino un cambio conciente y profundo. Ni siquiera el juicio a un expresidente tendría por fuerza un carácter disruptivo: no lo tuvo cuando, *mutatis mutandis*, se practicó con el mismísimo fundador del sistema: Calles. ¿Por qué esa lectura extrema? Camacho ve en mi propuesta una anulación del poder constitucional. Lo cierto es lo contrario. El ensayo busca la verdadera reforma política: cumplir la Constitución.

Los cuatro argumentos de la defensa son igualmente discutibles:

- Existen varios elementos nuevos en el estilo del régimen: mayor prudencia, sobriedad, veracidad, rectitud. Aunque persista la incoherencia en torno a la recupera-

ción económica se ha evitado caer en una espiral inflacionaria. Se vive en un clima general de libertad. Todo esto es verdad, pero Camacho exagera la parte del Gobierno. Sólo un ejemplo: el antiguo estoicismo azteca y español ha sido tan antiflacionario como la política de austeridad.

Por otra parte, ¿cuál sería la utilidad económica de no mantener las libertades? Los gobiernos de Polonia y Chile las han suprimido y no por ello salen a flote. El mérito de mantener las libertades se mide cuando están amenazadas. (Suprimirlas fue el demérito —y el crimen— de Díaz Ordaz). Pero el argumento parece apuntar más bien a fuerzas que dentro o fuera del gobierno quisieran desestabilizarlo. Sería ingenuo negar el riesgo. ¿Cuál es el antídoto?

Camacho opina que el sistema tiene amplios recursos para encarar el riesgo. A mi juicio el camino más seguro es fortalecer con decisión la vida democrática mediante la aplicación, entre otros, de los puntos que menciona mi ensayo (juicio al pasado inmediato, diques del Gobierno al gobierno, vida sana y plural de partidos, prensa crítica y profesional). El mexicano tendría la sensación casi física de madurez y responsabilidad pública. Habría un renacimiento de la fe y un nuevo pacto social que alejarían aún más el fantasma de una caída autoritaria. En cambio el continuo fraude electoral, la inmovilidad, la imposición, la impunidad, como ha sucedido en otros momentos de nuestra historia, podrían precipitarla.

Un factor providencial desconocerá por largo tiempo a quienes piensan en "soluciones de fuerza": el "efecto demostración" latinoamericano. Las dictaduras no resuelven nada. Las democracias tampoco garantizan la prosperidad pero sí la libertad. Argentina es el ejemplo perfecto. La democracia plena les ha traído solidaridad, dignidad, concordia y hasta alegría. Con ellas les será menos difícil traer lo que falta: divisiones.

La fortaleza y estabilidad del

sistema mexicano no debe ser, como en el Porfiriato, un argumento defensivo, una premisa para no cambiar. Gracias a aquel tenemos una democracia dirigida que puede transformarse en democracia sin más.

- Incluir, procesar, acoplar son términos nuevos en la tecnología política mexicana, pero designan viejos métodos de piramidación. Sobre las espaldas del México rural, tres pirámides —empresarios, obreros, burócratas— prosperaron durante cuatro décadas de jugosa alianza. En el sexenio de Echeverría se aunó al improductivo banquete una pirámide más: la académica. Cuando estas pirámides agotaron el subsidio del México tradicional entró al relevo el petróleo del México providencial. Las pirámides quisieron crecer —como en Babel— hasta el cielo, llevaron sus deseconomías —y su corrupción— a sus límites naturales (que Gabriel Zaid previó en *El Progreso Improductivo*) y así llegaron a la crisis. Una moraleja elemental de esta historia deseconómica es preguntarse por el costo material de la inclusión para no referirse a sus desastrosos efectos morales: los hombres "incluidos" se vuelven dependientes universales. La creatividad de los hombres piramidados suele, literalmente, petrificarse.

Mi ensayo no decreta la "inviabilidad" del PRI. Propone, sí, su transformación de una agencia de piramidación en un partido moderno. Decirlo, es verdad, no cuesta trabajo, lo difícil es imaginar su nueva configuración. La democratización interna, válida y necesaria, no compaginará fácilmente con los objetivos naturales —de clase— de un núcleo fundamental de poder: los obreros. En teoría, el PRI podría avanzar en la elección de personas prestigiadas en cada nivel, pero tampoco este avance equivaldría a la democracia interior: en los partidos únicos del Este se suele escoger personas idóneas que sin embargo, por sistema, no pueden representar posiciones políticas diversas ni pueden por eso mismo influir en las

decisiones del Estado. La verdadera salvación está en la democratización del PRI en relación con su exterior. Es contradictorio reaccionar *inclusivamente* frente a una realidad *exclusiva*. El país es mucho más vasto y plural de lo que fue en las sucesivas reformas del PRI. Imposible abarcarlo. Tarde o temprano la presión electoral llevará al PRI a la necesidad de optar: o es partido (que viene de partir) o es pirámide (que viene de repartir).

"Las instituciones políticas han sido decisivas para enfrentar la crisis". Pero ¿cómo olvidar que las instituciones políticas —el enorme poder del Presidente, por ejemplo— fueron decisivas para *crear* la crisis? ¿Y una vez en ella no era y es preferible, al menos parcialmente, lidiar los innumerables conflictos, no a través de la piramidación corruptora, paternalista y costosa, sino del fortalecimiento de nuestra vida republicana, democrática, representativa y federal?

- Junto con la legalidad y el carisma, la historia —la tradición— es, según Weber, una fuente primordial de legitimación política. El problema es que también las tradiciones se erosionan, se deslegitiman, se pierden. Luego de tres presidencias en crisis y de muchas décadas de escuchar una gesticulación vacía, el mexicano piensa que estamos precisamente en otro "momento decisivo de la historia" y requerimos un nuevo "acuerdo profundo de las fuerzas sociales y políticas". Para evitar la peligrosa legitimidad carismática y atenuar la pérdida de legitimidad tradicional, queda el camino franco de la plena legitimidad legal, cuya condición *sine qua non* sería sustituir "los valores políticos no escritos pero finalmente acatados" de que habla Camacho, por valores políticos escritos y acordados legal y democráticamente.

Por lo demás, la continuidad histórica entre los regímenes de la Revolución y los liberales del Siglo XIX es una teoría dudosa. Coalo Villegas pensaba que el Porfiriato y la Revolución *nega-*

ban el sentido moral del liberalismo político mexicano y para demostrarlo escribió durante 23 años su *Historia moderna de México*. Al leerla uno se pregunta: si Juárez —y Lerdo, Iglesias, Zarco, Ramírez, Mata, Ocampo, Zamecona, Vigil, Riva Palacio, Arriaga, Payno, Altamirano— no hubiera muerto ¿avalaría al Estado mexicano de las últimas décadas como encarnación de la historia e indiscutido “promotor del bienestar social”?

- Vaciar a la democracia de contenido político es vaciarla de contenido. La democracia busca la libertad y la igualdad políticas, igualdad de participación, influencia y vigilancia sobre decisiones políticas. En este sentido, la democracia es un objetivo distinto de otros, no menos importantes: igualdad material, bienestar, paz, seguridad, orden, fraternidad, etc... La consecución de estos fines no crea automáticamente la democracia, pero ésta sí suele ser el camino más racional, menos inhumano, de conseguir aquellos fines. ¿En qué forma, en qué casos concretos, la instauración en México de una democracia plena podría anular, retardar u obstaculizar la consecución de otros fines, en particular el de la apremiante recuperación económica? ¿No fue, más bien, la falta de democracia, —sobre todo, la falta de diques al Poder Ejecutivo— lo que nos llevó, en buena medida, a la postración económica? Hay un argumento implícito en la defensa de Camacho: la vocación del Estado Mexicano es perseguir integralmente todos los fines. Vocación no es realidad. Algunos países han logrado acercarse más hacia esos fines sin un ogro filantrópico de las proporciones del nuestro. Y otros países —con ogros mayores y menos filantrópicos— los han suprimido.

Desde su título, la defensa de Manuel Camacho admite que México está librando una “batalla democrática”. Reconoce la necesidad de desterrar “manifestaciones de autoritarismo y prácticas patrimonialistas”, “for-

talear a la sociedad” y “sujetar a la autoridad”. Pero para alcanzar esos fines propone doblar las apuestas por un sistema de adecuaciones, acuerdos, alianzas y relaciones estratégicas. No la plaza pública sino la negociación privada. Para Camacho, la “nueva realidad” del país “se irá traduciendo” en progreso político. A mi juicio, “la nueva realidad” del país reclama ahora una transformación ordenada y generosa de un régimen de democracia dirigida que vive de sus pasadas y justificadas glorias, hacia un régimen democrático pleno que se abra —que se anticipe— a un futuro de madurez, imaginación y responsabilidad.

### Tres izquierdas

Muchas de las desventuras de nuestra izquierda provienen de su desvinculación de origen con el liberalismo político mexicano y su marcada dependencia ideológica de la tradición bolchevique. Aunque esta última condición es común a una parte central de la izquierda en Occidente, en México se acentuó de modo particular no sólo por el enorme prestigio inicial de la Revolución Rusa —un prestigio casi mesiánico— sino por la ruptura de la Revolución Mexicana con el Siglo XIX. De las tres banderas revolucionarias típicas de Occidente, —la libertad, el nacionalismo y el socialismo— los revolucionarios mexicanos posteriores a Madero —Calles, Carranza, Cárdenas— consideraron que la primera se había izado con exceso en la Independencia y la Reforma y que, por lo tanto, faltaban las otras dos. Por su parte, la izquierda mexicana supeditó, el nacionalismo al socialismo y liquidó muy pronto su ala anarcosindicalista. Su tránsito ocurrió desde entonces entre dos ejes: el proyecto social y nacional de la Revolución Mexicana y la continuación del proceso revolucionario hasta sus últimas consecuencias: las del leninismo.

A partir de la segunda década del Siglo XX hasta nuestros días, tres generaciones de hombres de izquierda han pasado por la pantalla histórica encabalgados sobre esas dos tradiciones estatistas que dan la espalda —cada una a su modo y medida— a la democracia pura, y sólo conservan del liberalismo su elemento jacobino, su postura antirreligiosa. Durante la década de los veinte predominó la

actitud radical casi bolchevique, atemperada, en los años treinta, con el Frente Popular y el Cardenismo. Durante los cuarenta y cincuenta los distintos grupos de izquierda mantuvieron una conducta fluctuante pero siempre dentro de la franja autoritaria. (En esos años —como en los veinte— la represión del gobierno favoreció estas tendencias.) Hacia 1956 — Hungría y el informe Kruschév — se comenzó a hablar de una “tercera vía” ajena al capitalismo y al socialismo burocrático. Parecía que la izquierda se decidía por fin a redescubrir las tradiciones democráticas, republicanas y libertarias, a imaginar sistemas que concilian la reforma social con la libertad, a abandonar la ideología totalitaria. Cuba interrumpió el proceso.

La ensoñación con la alternativa bolchevique volvió a estar de moda. Cuba era el ejemplo a seguir. La Revolución Mexicana parecía apenas una “seudorevolución”, y los liberales, pobres seres del paleolítico. El sentido antimperialista de la Revolución Cubana le granjeó simpatía no sólo de la izquierda sino incluso en ámbitos liberales. Con el tiempo los entusiasmos liberales se enfriaron pero la solidaridad irrestricta de la izquierda siguió firme a pesar del carácter autoritario del régimen. En definitiva, el impulso ideológico de la Revolución Cubana bloqueó el redescubrimiento de valores republicanos. Con la Revolución, todo. Contra la Revolución, nada. Y la Revolución era “la verdadera democracia”.

El movimiento estudiantil de 1968 no abrevó inicialmente de ésta ni de ninguna otra tradición. Fue, como se ha dicho muchas veces, una floración espontánea, una fiesta trágica. Sin darse cuenta, los jóvenes descubrieron las viejas banderas de la libertad política. En sus labios y pancartas la palabra democracia sonaba a *libertad de no a libertad para*. Intuitivamente comprendían que sin una profunda renovación política el país se estaba petrificando y desembocaría cada vez más en la desigualdad y la injusticia. La respuesta del Estado benefactor fue Tlatelolco.

El echeverrismo quiso reiniciar nuevamente el proceso: colocar a la joven izquierda dentro de la eterna franja, pero cada vez más cargada hacia el eje de la Revolución Mexicana. En buena medida lo logró. Una parte de los intelectuales de la Generación del

68 —acompañada por los maestros de las generaciones anteriores— despertó en los años setenta cómodamente instalada en el lombardismo que había despreciado. ¿Quién sino el Estado podía ser la palanca del progreso, la estación forzosa rumbo al socialismo? Había que subirse al carro de la Revolución que muy pronto cruzaría por las doradas ciudades del oro negro. Había que vivir a sus costillas haciendo manifiestos, haciendo Patria y gozando de todas las ventajas: frente a la izquierda ser los intelectuales, frente a los intelectuales la izquierda. Para caer siempre parados: hasta en el PRI.

Dentro de la misma franja pero con mayor margen de independencia que el neolombardismo, prosperó en los años setenta —gracias a la vitalidad del 68 y a la Reforma Política— una nueva, variada y compleja izquierda partidaria (PRT, PSUM y varias otras agrupaciones). No ha sido intelectual pero sí universitaria. No utiliza ya en sus siglas la palabra "comunista", pero sí el símbolo y algo menos simbólico: la mentalidad. A pesar de la honradez de muchos de sus miembros, sus discursos y métodos, su escolástica y sus querrelas siguen pareciendo estribaciones, del árbol imaginario de la historia bolchevique, no del árbol real de la historia mexicana.

Por último, está también la vientena que siguió fiel al impulso libertario y democrático del movimiento estudiantil. Parte de ella pasó años en la cárcel o el exilio. De vuelta a la vida pública, han persistido en el trabajo político independiente a través de la prensa, las universidades, las franjas disidentes y renovadoras de los partidos con registro, o la militancia de partidos y grupos que buscan una vía no escolástica y no autoritaria, una vía mexicana hacia el socialismo.

Las reacciones que provocó "Por una democracia sin adjetivos" confirman esta división tripartita de la izquierda mexicana. Hasta este momento el neolombardismo ha guardado silencio, aunque no deja de ser curioso y hasta significativo leer en uno de sus más destacados representantes —Rolando Cordera— frases como estas: "la tradición no democrática y las prácticas antidemocráticas permean a toda la izquierda mexicana", la centralización de los medios de producción en la URSS "significa un alejamiento de cualquier posibilidad de-

mocrática" y socialista; "quizá fuera suficiente" el grado de estatización de nuestra economía; "que el Estado se convierta en el propietario o gestor directo de todos los medios de producción es una tontería política". O reflexiones como la siguiente:

Yo creo que los reflejos automáticos de la mayor parte de la izquierda en México, y me atrevería a decir en el mundo, siguen poniéndole a esta vía democrática adjetivos que terminan acusándolo a uno de enemigo del socialismo, porque le hace trampas el socialismo proponiéndole rodeos innecesarios.<sup>1</sup>

Gran descubrimiento, hallazgo digno de 1984: la reforma inconclusa de la izquierda mexicana es... la democracia. Pero ¿pensarán igual que nuestro súbito demócrata otros representantes del neolombardismo mexicano? ¿Suscribirían estas líneas del propio Cordera?:

La izquierda se comporta como si ya hubiera superado la democracia representativa. Es increíble.

Sí, es increíble.

No hay una sino muchas actitudes de la nueva izquierda partidaria frente a la democracia. El texto de Manuel Aguilar Mora representa una renovación: "La cuestión de la democracia es la más candente de la política actual... hoy existe una convicción generalizada de que en México todo avance social y económico es imposible si no es acompañado de una profunda transformación democrática de la Sociedad". Esta valoración de la igualdad política es ya, en sí misma, un avance democrático. Pero el aprendizaje será largo, aún para los trotskistas.

Hay ambigüedad. Los reflejos antidemocráticos siguen allí. Los cuatro axiomas de Aguilar Mora revelan su cultura canónica, no su convicción democrática:

- El cretinismo liberal (¡hasta la fecha!) no acepta que la igualdad política y jurídica es "superestructural" y que "cubre y justifica una desigualdad social flagrante".
- La decadencia de las viejas democracias liberales ya dio sus frutos en el fascismo, bonapartismo y militarismo.
- La democracia socialista debe

admitir "derecho de tendencias" dentro de los partidos socialistas.

- El movimiento obrero mexicano debe y puede aspirar a la hegemonía democrática.

"¡Hasta la fecha!" uno se pregunta: ¿en qué sentido la igualdad política y jurídica —que disfruta en alguna medida el PRT— "cubre y justifica" la desigualdad económica y social? Habría que averiguar con los polacos si la igualdad política y jurídica es "superestructural". Por otra parte, no se ve que las viejas democracias occidentales estén tan viejas. La italiana y la alemana tienen casi cuarenta años, igual que la japonesa; la francesa, inglesa y norteamericana tienen siglos de vida no signos de decrepitud; el ascenso socialista en Grecia, Portugal, España, Francia, Italia, o la vuelta a la democracia en Argentina ¿anuncian la senectud? Decir que el fascismo y el militarismo son "frutos" de la democracia es un chiste, pero predicar la tolerancia "dentro de las tendencias socialistas" no lo es. ¿Qué hacer con las "tendencias" de fuera? A pesar del calvario de Trotsky, Aguilar Mora —como Trotsky— no ve en esa palabrita ("dentro") el germen mismo de la antidemocracia: se empieza por no tolerar a los de fuera y se termina por colgar a los de dentro. Finalmente, la frase "hegemonía democrática de la clase obrera" esconde una doble contradicción: 1) una hegemonía puede conducir a una vanguardia o una dictadura pero no, por definición, a la democracia: es casi su antónimo. 2) La clase obrera mexicana es numéricamente inferior a la ciudadanía mexicana ¿Por qué habría de conceder la mayoría de personas que no viven de un salario a la hegemonía minoritaria de los asalariados?

Por una sola razón. Aguilar Mora no la menciona pero Pablo Gómez sí: porque Marx (Karl) *dixit*: "la elevación del proletariado a clase dominante es la conquista de la democracia". Para Pablo Gómez,<sup>2</sup> dirigente del PSUM, el liberalismo político es "inconsecuente" en cuanto a sus fines democráticos porque no busca "la democracia hasta el fin". La palabra inconsecuente quiere decir: "persona cuya conducta no guarda correspondencia lógica con los principios que profesa". El propio Gómez admite que la "democracia —así, sin adjetivos— es un medio de igualar frente a la ley a

los desiguales" ¿en dónde está la "inconsecuencia" de pedir una igualdad? Si democracia quiere decir "gobierno en el cual la mayoría de los ciudadanos manda" ¿no es más "inconsecuente" pensar que la "democratización hasta el fin" pertenece sólo a un sector minoritario de la sociedad y no a toda?

La izquierda que representa Pablo Gómez cree que la lucha democrática consiste en "acorrallar" a la concepción liberal, "arrancar" derechos al Estado, "influir" en todos los asuntos de éste, a través de una participación privilegiada en el Poder Legislativo: "la representación proporcional completa en todos los órganos colectivos de representación estatal —legislaturas y ayuntamientos—. El fortalecimiento del Poder Legislativo es sin duda alguna necesario, pero el objetivo en este caso no es volver a la concepción clásica del Legislativo como un poder que tamiza, pondere, vigile, equilibre y corrija al Ejecutivo a través de la deliberación, sino en volver Ejecutivo al Legislativo. Nadie mejor que Marx (Groucho) para definir a este sector de nuestra izquierda: el poder para los que gritan "el poder para el pueblo".

Esta concepción de la democracia como incorporación y reparto del poder entre representantes proporcionales puede entrar en contradicción, por ejemplo, con el federalismo: ¿bajo qué criterios de proporcionalidad democrática tendría derecho un partido con escasos electores en algún estado, a contar con más representantes de los que numéricamente merecería? Pero lo más grave es que esta idea ejecutiva de la democracia soslaya el verdadero problema de toda organización política: el problema de limitar el poder del gobernante sin hacer ineficaz su autoridad. No es casual que esta parte de la izquierda desdeñe siempre la importancia de las leyes positivas y la necesidad de un Poder Judicial independiente. Para ellos la democracia es un asunto de poder, no de límites. Su propósito es asaltar el Palacio de Invierno del Estado, no conocer y proteger los derechos de la sociedad.

Finalmente queda la vertiente libertaria que representan algunas voces. Hay quien se atreve a hablar de la proverbial intolerancia de la izquierda y —¡horror!— del diálogo necesario con los Estados Unidos. Roger Bar-

tra, miembro del PSUM, critica con valor al totalitarismo dentro de la izquierda, aunque —vieja táctica— se cubre ninguneando al precursor de esa misma crítica: Octavio Paz. Pero pocos textos más abiertos a la posibilidad de una izquierda realmente democrática que *entronque por primera vez con el liberalismo político*, como el de Eduardo Valle en *Vuelta 90*. Si el lector pasa por alto los elogios iniciales, la "crítica escéptica" de Valle revela su verdadero rostro: un texto dictado por la desesperanza, no la desesperación, la tristeza más que el odio, las ideas propias, no las ideologías. No hay huella de satanización o de soberbia escolástica. En unas cuantas modestas cuartillas, Valle devuelve a nuestra historia su dimensión trágica. No cree que habrá renovación, límites, justicia, división de poderes o prensa libre y crítica.

la revolución de la democracia en el régimen de la Revolución agotada es quizá la más grande e irrealizable utopía en el México de hoy.

Pero tampoco cree en el libreto inalterable y ascendente de la historia. ¿En qué cree? En el mexicano concreto y en su espontaneidad, una espontaneidad que puede significar violencia. Y es aquí donde la crítica de Valle se atreve a romper con el dogma mayor: el de la buena violencia. Sabe que "la violencia es la partera de la historia", pero no ignora que muchas veces ha sido también su asesina:

Terrible situación la nuestra que nos hace pagar con sangre y destrucción los cambios necesarios, indispensables.

Alguna esperanza habría —según Valle— "si la izquierda tuviese un conocimiento cierto del país y de las demandas y aspiraciones del pueblo", si buscase el sentido original del liberalismo humanista. Pero ya lo dijo el reverendo Eliot:

Para llegar a aquello que no conoces  
Debes ir por un camino que es el de la ignorancia.

(East Coker)

La intemperie, la oscuridad. Se requiere temple moral para habitarlas. Valle escribe desde allí, pero su hihilla-

mo puede resultar suicida.

## Inminencia

El gobierno, el neolombardismo, un sector importante de la izquierda partidaria y la derecha obligárica y clerical, comparten una misma distancia frente a la democracia. En la izquierda sigue pesando el desdén de los padres fundadores por la vida republicana, el dogma que relega la política al nivel de las superestructuras. En el gobierno, prospera aún la vieja tesis porfiriana: Los mexicanos —menores de edad, irresponsables, ignorantes— seguimos impreparados para la democracia. En cuanto a la rancia derecha, ¿ha sabido alguna vez con qué se come la democracia?

Pero al margen de esas estructuras existe en México una sociedad que reclamará cada vez más su derecho a autogobernarse. El gobierno puede cerrar los ojos, el PRI cambiar de nombre, la izquierda cerrar el puño y la derecha santiguarse; nada de esto variará la presión por el desarrollo político.

Frente a este movimiento histórico sigo pensando que la salida de México está en el encuentro de dos iniciativas: *Un gobierno que se imponga límites drásticos y rinda cuentas, y una sociedad que participe afianzando esos límites y llamando a cuentas*. ¿Qué mejor comienzo para el Gobierno —necesitado como nunca antes de apoyo y credibilidad— que desagrar al pueblo mexicano, pedir cuentas y juzgar al expresidente López Portillo, respetar escrupulosamente el voto, fortalecer sobre todo al poder judicial y poner diques más claros y definitivos a la corrupción, el centralismo, la improductividad y el autoritarismo? ¿Y qué mejor comienzo para la sociedad que organizar nuevas estructuras —partidos, clubes, periódicos— que en verdad la representen?

No es necesario ser profeta para prever que 1985 será quizá el año clave en que la sociedad desborde al sistema político por la vía electoral. El gobierno no debe esperar hasta entonces para tomar la iniciativa democrática. Si opta por la inmovilidad —o por la simulación de movilidad— los propios acontecimientos lo llevarán a la disyuntiva: democracia o represión. Por la primera se accede al mundo moderno, si no de prosperidad, sí de tolerancia, pluralidad, responsabilidad y convivencia. Por el segundo se vuel-

ve a un pasado que la mayoría de los mexicanos no queremos.

15 de mayo de 1984

<sup>1</sup> "La Reforma inconclusa de la izquierda mexicana". Una entrevista con Rolando Cordera. *Nexus* # 75, Marzo de 1984.

<sup>2</sup> "La democracia. Respuesta a Enrique Krauze" en *Así es*, 19 de marzo de 1984.

## Malformaciones del Estado

Rafael Segovia

Un tema de nuestro tiempo mexicano es el tamaño y las funciones del Estado. El debate se ha extremado hasta caer en el maniqueísmo, al considerar izquierda y derecha, no ya el lugar del Estado dentro de la nación, sino la nocividad de éste y las bondades ilimitadas de la sociedad civil. Tales bondades merecen un examen detenido que, por desgracia, aquí, limitado por el tiempo y el espacio, no se puede ni esbozar.

Sería difícil y contrario casi al sentido común, a la experiencia cotidiana, negar la extensión inmensa de las atribuciones del Estado mexicano. El mundo de las libertades civiles emana de él y la esfera de estas libertades encuentra su límite en el poder de las instituciones políticas generadas directa o indirectamente por las instituciones estatales.

La teoría del Leviatán parecería confirmarse: los ciudadanos entregan su libertad al Estado que dispone libremente de ella, contrariamente a la teoría democrática que acepta sólo la delegación de una parte de las libertades individuales, manteniendo la sociedad civil el resto de ellas. El Leviatán sería, pues, todopoderoso y gi-

gantesco. Sabemos de sobra que no es así, al menos en nuestro caso.

En México el Estado acusa una serie de malformaciones históricas de difícil remedio. Ante las carencias de la sociedad civil se ha visto obligado a crecer de manera multiforme, proteíca, a veces absurda. No por voluntad expresa, sino por carencias históricas que podrían ser mortales para la sociedad civil, de no acudir el Estado a llenar vacíos que en cualquier caso deben ser colmados. No habiemos de la infraestructura del país (carreteras, presas, puertos y aeropuertos, escuelas y universidades, servicios municipales —por deficientes que sean—, energía y todo aquello sin lo cual el país entraría primero en el letargo y después en un estado de coma tercermundista); no es sólo esto lo que ha sido construido por el Estado mexicano: se ha visto obligado a atender el desarrollo de la cultura, de la educación, de la salud y, lo que resulta increíble en un país liberal y capitalista, a imponer aranceles insuperables para proteger a unos industriales sin espíritu de empresa.

Ha debido también conceder préstamos que no volverá a ver, a estos mismos industriales, para protegerlos de su propia incuria e incompetencia, pues no contentos con distorsionar cualquier medida fiscal, sus gastos suntuarios y no saber leer un balance ha llevado a algunos a arruinarse dentro de un mercado sobreprotegido. El capitalismo no puede mantenerse sin capitalistas, sin capitanes de industria, sin el placer lúcido del riesgo y la ganancia. Su desdén por la clase política no encuentra fronteras, aunque más les vale que —comparando nuestro sistema político con el económico, o sea, los términos incomparables— nadie se ponga a medirlos con quienes han hecho de la política una profesión, por lo demás tan digna o más que las de ellos.

Pero no sólo han sido los empresarios, la Inerte iniciativa privada, quienes han vivido a expensas del Estado. No se funda una revista, organiza una expedición al Aconcagua, se presenta un espectáculo teatral, se crea un partido o una sociedad filantrópica sin recurrir de inmediato al maná estatal. El Estado crece: ¿de quién es la culpa?

Pese a este sombrío panorama no

vivimos en un Estado autocrático o totalitario. Su autoritarismo ha permitido la sobrevivencia de una sociedad civil donde las guerras intestinas han desaparecido y donde ciertas normas de convivencia desde luego imperfectísimas, se han abierto paso; la modernidad está ya implantada en algunos sectores sociales. La tentación del totalitarismo no pasó de ser una tentación y si el sistema político utilizó o sigue utilizando la cooptación como base de la formación de Estado y del gobierno, la tolerancia y la negociación no han desaparecido nunca, así su graduación haya variado brutalmente de un gobierno a otro.

Los peores enemigos del Estado, del mexicano en particular, saben que sin su presencia actualmente la sociedad civil se convertiría de inmediato en un infierno sudamericano, africano o asiático (hay de sobra dónde elegir) y las libertades formales hoy tan risibles serían la cosa más anhelada. Los empresarios que hoy tienen un gesto displicente frente a los llamados a la inversión que no sólo el gobierno sino toda la sociedad piden y, lo que es lamentable, suplican, deberían pensar que sus retoños, en una situación de crisis como la actual, donde se va a decidir el tan temido tamaño del Estado, se hallarán en una disyuntiva para ellos nada agradable: o vivir en su piso de Houston como parásitos de la sociedad norteamericana, o ser empleados de un gigantesco Estado mexicano. Tan gigantesco y brutal como el soviético.

## ¿Nación débil y Estado fuerte?

Carlos Bazdresch

Recientemente han aparecido dos artículos, el primero publicado por E. Krauze en esta misma revista y el segundo por R. Segovia en *Excelsior*, en los que se tocan algunos puntos